

po. Un oficial que había sido agregado á Pichegrú vendió su secreto y le entregó á la policía. Una noche, mientras el general estaba durmiendo, rodeado de armas, de que nunca se separaba, y de los libros que solía habitualmente leer, estando apagada su lámpara, penetró en su habitación para prenderlo un destacamento de la gendarmería escogida. Despertando al ruido quiso tomar sus armas, pero no tuvo tiempo, y se defendió unos cuantos minutos con gran coraje; vencido en breve se entregó, y fué trasladado al Temple, donde debía concluir de la manera más desastrosa una existencia tan gloriosa en otro tiempo.

Apenas fué preso, fuéronlo también á su vez Armand de Polignac, después de éste Julio de Polignac, y por último Mr. de Riviere, perseguidos sin descanso, y, aunque no denunciados, descubiertos al cambiar de asilo. Estas nuevas prisiones produjeron en la opinión pública una sensación profunda. La generalidad de las personas honradas, ajena á todo espíritu de partido, observó con asombro la verdad de la trama; ya no dejaba la menor duda la presencia de Pichegrú y de los partidarios del conde de Artois. No era posible que éstos hubieran sido conducidos á Francia por la policía para fingir que tramaban una celada; apareció en toda su extensión la gravedad de los peligros que había corrido y corría aún el primer cónsul, y se manifestó más interés que nunca por la conservación de tan preciosa vida. Ya no se veía en él al envidioso rival de Moreau que quería á toda costa perder á este general, y sí sólo al libertador de la Francia expuesto á las incasantes maquinaciones de los partidos. Pero los malévolos, aunque algo corridos y confundidos, no enmudecían sin embargo, y según ellos los Polignac y Riviere eran unos imprudentes incapaces de vivir en paz, siempre dispuestos á sublevarse con el conde de Artois, y sólo habían ido á Francia para ver si las circunstancias eran favorables á su partido, pero no porque hubiera entre ellos ni trama formal ni peligro amenazador que pudiera justificar el interés que se trataba de inspirar en favor de la persona del primer cónsul.

Para acabar de confundir á estos maldicientes noveleros, se necesitaba todavía prender á Jorge, en cuyo caso ya no podrían decir, viendo juntos á los Polignac, Riviere, Pichegrú y Jorge, que se hallaban en París como simples observadores. Pero merced á los medios terribles empleados por el gobierno, iba á conseguirse muy en breve esta última prueba.

Jorge, perseguido y atarazado por una multitud de agentes, precisado á cambiar de albergue todos los días, sin poder salir de París, que estaba cercado por agua y tierra, debía forzosamente acabar por sucumbir. Seguíasele el rastro muy de cerca; pero es justo manifestar, en honor de aquella época, que nadie consintió en entregarle por más general que fuera el deseo de su prendimiento. Véase precisado á cambiar de asilo todas las noches. El 9 de marzo, al anochecer, varios agentes de policía rodearon una casa que había llegado á ser sospechosa por las continuas idas y venidas de ciertas gentes de mal aspecto. Jorge, que había vivido allí, trató de dejar aquella morada para buscar un escondrijo en otra parte; salió á cosa de las siete de la tarde, y entró, cerca del Panteón, en un cabriolé guiado por un criado de confianza, chuan joven y resuelto. Si-

guieron los agentes al cabriolé á todo correr hasta la plaza de Bussy; Jorge instaba á su compañero á apresurar el paso, cuando el primero de los agentes que le alcanzó se arrojó sobre el caballo echando mano á su brida. Le disparó Jorge un pistoletazo y le dejó muerto á sus pies; saltó luego del cabriolé, y disparó otra pistola contra otro agente, á quien hirió gravemente; pero rodeado por el pueblo, y detenido á pesar de sus esfuerzos, fué entregado á la fuerza armada que acudió allí apresuradamente. Reconociósele al punto por el terrible Jorge, buscado hacía tanto tiempo, y capturado por fin, lo cual produjo en París un alborozo general. Hasta entonces, en efecto, se había vivido en una especie de opresión y ansiedad que cesaba ya felizmente. Fué preso con Jorge el criado que le acompañaba, y que apenas tuvo tiempo de dar unos cuantos pasos, y aquél fué conducido á la prefectura de policía. Pasada la primera emoción, volvió el caudillo de los conjurados á recobrar toda su calma; era joven y lleno de vigor, ancho de hombros, de rostro lleno, más bien fresco y sereno que malo y sombrío, como pudiera hacer creer la condición que había abrazado. Llevaba consigo pistolas, un puñal y unos sesenta mil francos en oro y en billetes de banco. Interrogado inmediatamente, declaró sin vacilar su nombre y el motivo de su presencia en París. Había venido, decía, para acometer al primer cónsul, no introduciéndose en su palacio con cuatro asesinos, sino asaltándole abiertamente en campo raso entre su guardia consular. Debía dirigir su ataque acompañado de un príncipe francés que se proponía pasar á Francia, pero que no había llegado aún. Casi se jactaba entonces de aquella trama de nueva especie, que tenía siempre buen cuidado en diferenciar de un asesinato. «Sin embargo, le decían, usted envió á Saint-Rejant á París para disponer la máquina infernal.» «Le envié, en efecto, respondió Jorge, pero no le había yo prescrito los medios que debía emplear.» Mala justificación, que probaba evidentemente que Jorge no fué extraño á aquel horrible atentado. Fuera de esto, el atrevido conjurado se obstinó en no declarar cosa alguna que no atañese á su persona, repitiendo que hartas víctimas había ya para que consintiera aumentar todavía su número (1).

(1) *Extracto del primer interrogatorio de Jorge por el prefecto de policía, en 18 ventoso (9 de marzo). - Tomo II, pág. 79.*

Nos, consejero de Estado, prefecto de policía, hemos mandado comparecer ante nuestra presencia á Jorge Cadoudal, y le hemos interrogado de la manera siguiente:

*Pregunta.* ¿A qué vino usted á París?

*Respuesta.* Vine para atacar al primer cónsul.

P. ¿Qué medios tenía usted para hacerlo?

R. Muy pocos todavía, pero esperaba tener más...

P. ¿De qué especie eran estos medios de ataque contra el primer cónsul?

R. De viva fuerza.

P. ¿Contaba usted con muchos auxiliares?

R. No, porque no debía acometer al primer cónsul sino cuando llegara á París un príncipe francés, y no ha llegado aún.

P. ¿En 3 nívoso de cierta época, escribió usted á Saint-Rejant reconviéndole por la tardanza con que ejecutaba sus órdenes contra el primer cónsul?

R. Previne á Saint-Rejant que reuniese elementos en París, pero no le mandé que hiciera lo que hizo el 3 nívoso.

*Extracto del segundo interrogatorio de Jorge Cadoudal, en 18 ventoso (9 de marzo). - Tomo II, pág. 83.*

Preso Jorge y recibidas sus declaraciones, la trama quedaba patentizada y justificado el primer cónsul; ya no era lícito repetir, como durante el mes último, que la policía misma inventaba las conspiraciones que luego pretendía descubrir; los del partido realista no tenían más remedio que bajar los ojos con rubor oyendo repetir que un príncipe francés había prometido pasar á Francia con una partida de chuanes para dar una mentida batalla de sorpresa en un camino público. Quedaba, en verdad, una disculpa, y era decir que no hubiera venido dicho príncipe, lo cual, aunque posible y aun probable, era todavía peor que ejecutarlo, pues se prometía una mentira á unos desgraciados que arriesgaban por ella su cabeza. Además no era solamente Jorge el que anunció la llegada de un príncipe, pues en el mismo lenguaje se expresaban Riviere y los Polignac, los partidarios del conde de Artois, confesando lo más importante del proyecto. Rechazaban éstos con indignación la idea de haber tomado parte en una tentativa de asesinato; pero declaraban haber pasado á Francia con algún objeto que no definían, para una especie de levantamiento, á cuya cabeza debía figurar un príncipe francés, á quien meramente se habían anticipado para juzgar por sí mismos si era útil y conveniente que emprendiese su viaje (1). Procuraban estos personajes, lo mismo

P. ¿Cuánto hace que está usted en París?

R. Cerca de cinco meses, pero apenas he estado en la ciudad quince días seguidos.

P. ¿Dónde ha habitado usted?

R. No quiero decirlo...

P. ¿Qué motivo le trajo á usted á París?

R. Vine con intención de acometer al primer cónsul.

P. ¿Qué elementos tenía usted para hacerlo?

R. El ataque debía ser á viva fuerza.

P. ¿Dónde esperaba usted hallar esa fuerza?

R. En toda la Francia.

P. ¿Hay, por ventura, en toda la Francia una fuerza organizada á disposición de usted y de sus cómplices?

R. No es esa fuerza la que yo he querido dar á entender.

P. ¿De qué especie de fuerza habla usted, pues?

R. De una reunión formada en París. Esta reunión no está aún organizada, pero lo hubiera estado así que el ataque se hubiera definitivamente resuelto.

P. ¿Cuál era, pues, el proyecto de usted y de los conjurados?

R. Poner un Borbón en lugar del primer cónsul.

P. ¿Qué Borbón era el designado?

R. Carlos Javier Estanislao, á quien reconocemos nosotros por Luis XVIII.

P. ¿Qué papel le estaba á usted reservado después del ataque?

R. El que me hubiera destinado uno de los príncipes franceses que debía hallarse en París.

P. ¿Por consiguiente el proyecto ha sido fraguado, y debió realizarse de concierto con los antes príncipes franceses?

R. Sí, ciudadano juez.

P. ¿Luego usted ha conferenciado con ellos en Inglaterra?

R. Sí, ciudadano.

P. ¿Quién suministra los fondos y las armas?

R. Los fondos estaban á mi disposición hacía ya mucho tiempo; sólo me faltaban las armas. (N. del A.)

(1) *Extracto del primer interrogatorio de Mr. de Riviere por el consejero de Estado Real, en 16 ventoso (7 de marzo). - Tomo II, pág. 259.*

*Pregunta.* ¿Cuánto hace que está usted en París?

*Respuesta.* Hace cerca de un mes.

P. ¿Por qué parte vino usted de Londres á Francia?

R. Por la costa de Normandía, en un barco inglés, mandado, á lo que creo, por un capitán llamado Wright.

P. ¿Cuántos pasajeros, y quiénes venían con usted?

R. Lo ignoro.

que Jorge, disculpase de que los hubieran sorprendido con una compañía tan poco honrosa, repitiendo que debía reunirse con ellos un príncipe francés; y no habiendo éste llegado, ni tratando ya de ponerse en camino, estaban seguros de no exponer su persona, puesto que

P. ¿Usted sabe que el ex general Pichegrú y Lajolais venían entre ellos, como también Mr. Julio de Polignac?

R. Como eso no me atañe, también lo ignoro.

P. Después de llegar á la costa, ¿dónde desembarcó usted?, ¿por dónde llegó á París?

R. Por el camino de Ruan, que fuí á tomar, unas veces á pie y otras á caballo...

P. ¿Cuáles son los motivos de su viaje de usted y de su permanencia aquí?

R. Asegurarme del estado de las cosas y de la situación política é interior, para comunicárselo á los príncipes, los cuales, según mis observaciones, decidirían si les cumplía pasar á Francia ó permanecer en Inglaterra. Debo decir, sin embargo, que no tenía yo en la actualidad ningún encargo particular de ellos; pero habiéndome muchas veces empleado en su servicio...

P. ¿Cuál ha sido el resultado de las observaciones de usted sobre la situación del gobierno y la opinión pública? En suma, ¿qué hubiera usted participado á los príncipes sobre este punto si hubiera usted podido escribirles ó pasar á verlos?

R. En general, me ha parecido hallar en Francia mucho egotismo, mucha apatía y gran deseo de conservar la tranquilidad.

*Extracto del segundo interrogatorio de Mr. Armand de Polignac, en 22 ventoso (13 de marzo). - Tomo II, pág. 239.*

Desembarqué en las costas de Normandía; después de varios días habité cerca de la isla Adán, en un paraje donde se hallaba Jorge, conocido también con el nombre de Loriere.

Vinimos á París juntos, con unos cuantos oficiales que traía á su disposición.

Al salir de Londres esta última vez, sabía yo cuáles eran los proyectos del conde de Artois, y soy demasiado adicto á él para haberme negado á acompañarle.

Su proyecto era llegar á Francia y proponer al primer cónsul que abandonase las riendas del gobierno para dárseles á su hermano.

Si el primer cónsul hubiera deseado su proposición, el conde hubiera empeñado contra él un ataque á viva fuerza para procurar reconquistar los derechos que consideraba como pertenecientes á su familia.

Yo sabía que no estaba aún preparado para la irrupción cuando me separé de él; sólo me adelanté por el deseo de ver, como he dicho ya, á mis padres, á mi mujer y á mis amigos.

Cuando se trató de un segundo desembarco, hízome saber el conde de Artois que, por la confianza que en mí tenía, y por el celo con que le había yo siempre servido, deseaba que formase parte de la expedición, y esto me determinó á embarcarme en su primer buque.

Debo advertir que al partir declaré abiertamente que si el proyecto meditado no llevaba en todo el sello de la lealtad, me retiraría y volvería á Rusia.

*Pregunta.* ¿Sabe usted si el general Moreau tenía entrevistas con Pichegrú y Jorge Cadoudal?

*Respuesta.* Sé que tuvieron una conferencia muy seria en Chaillet, casa n.º 6, donde habitaba Jorge Cadoudal.

Se me ha asegurado que Jorge, después de diversas invitaciones y explicaciones, dijo al general Moreau: Si usted quiere, le dejaré solo con Pichegrú y tal vez entonces logren ustedes entenderse.

Que finalmente el resultado no produjo más que dudas desagradables y lastimosas, en atención á que Jorge Cadoudal y Pichegrú parecían fieles á la causa del príncipe, al paso que Moreau se mostraba indeciso, y hacía sospechar que tuviese miras particulares. Después supe que había habido otras conferencias entre el general Moreau y el ex general Pichegrú.

*Extracto del interrogatorio sufrido por Mr. Julio de Polignac ante el consejero de Estado Real, en 16 ventoso (7 de marzo), y citado en el acta de acusación. - Tomo II, pág. 61.*

*Preguntado...*

Ha contestado: Que pareciéndole, lo mismo que á su hermano,



le protegía la barrera de la Mancha con toda su anchura. No sospechaban los imprudentes que había otros menos defendidos expuestos á pagar con su sangre los proyectos fraguados en Londres.

¡Ojalá se hubiera contentado el primer cónsul con las pruebas que tenía ya en su mano para confundir á sus enemigos! Con ellas podía hacerlos estremecer, imponiéndoles legalmente las penas señaladas en nuestros códigos, y podía además llenarlos de confusión, porque eran de suyo irresistibles y afrentosas. Tenía ya más de lo que reclamaban su seguridad y su honor; pero indulgente, como ya dijimos, para los revolucionarios, estaba á la sazón indignado contra los realistas, irritado por su ingratitud, y resuelto á abrumarlos con el peso de su poder. Además de la venganza había en su corazón otro sentimiento, que era una especie de orgullo, y siempre que la ocasión se presentaba decía abiertamente que un Borbón no era más para él que Moreau ó Pichegrú, ó todavía menos; que esos príncipes, creyéndose inviolables, comprometían á su capricho á una multitud de desgraciados de toda especie, y después se guarecían poniendo la mar por delante; que hacían mal en confiar demasiado en esta defensa; que él concluiría por prender á uno, y que le haría fusilar como á un culpado cualquiera; que era menester que se supiera, por último, con quién se las habían los que trataban de ofenderle, y que tanto le importaba derramar la sangre de un Borbón como la del último chuan; que pronto demostraría al mundo que todos los partidos eran para él iguales; que los que contra sí provocaban el peso de su brazo formidable lo sufrirían, cualesquiera que fuesen, y que después de haber sido el más clemente de los hombres verían todos que también podía ser el más terrible.

Nadie osaba contradecirle: el cónsul Lebrún enmudecía; el cónsul Cambaceres enmudecía también, revelando, sin embargo, cierta desaprobación silenciosa, que era su modo de expresar su oposición á ciertos actos del primer cónsul. Mr. Fouché, que quería recobrar el favor, y que, propenso por lo común á la indulgencia, deseaba, no obstante, indisponer al gobierno con los realistas, aprobaba enteramente la necesidad de hacer un escarmiento. Mr. de Talleyrand, que por cierto no era cruel, pero que jamás sabía contrastar al poder no declarándosele abiertamente en enemigo, y que siéndole amigo tenía una inclinación funestísima á lisonjearlo, decía también con Mr. Fouché que harto se había hecho ya por los realistas, que á fuerza de contemplarlos se habían llegado á inspirar á los amantes de la revolución dudas muy enojosas, y que convenía, por fin, castigar, y castigar severamente y sin excepción de personas. Excepto el cónsul Cambaceres, todos lisonjaban aquella cólera, que en la actualidad no había menester de lisonja para hacerse formidable y quizás cruel.

La idea de precipitar todo el castigo sobre los realistas únicamente, mostrando sólo clemencia con los revolucionarios, estaba á la sazón tan profundamente arra-

que lo que se fraguaba no era tan noble como habían esperado en un principio, habían hablado ambos de retirarse á Holanda.

Amonestado á explicar el motivo de sus temores,

Ha contestado: Que sospechaba que en vez de contribuir á una misión cualquiera relativa á un cambio de gobierno, se trataba de atacar á un solo individuo, y que era éste el primer cónsul, á quien se proponía derribar el partido de Jorge.

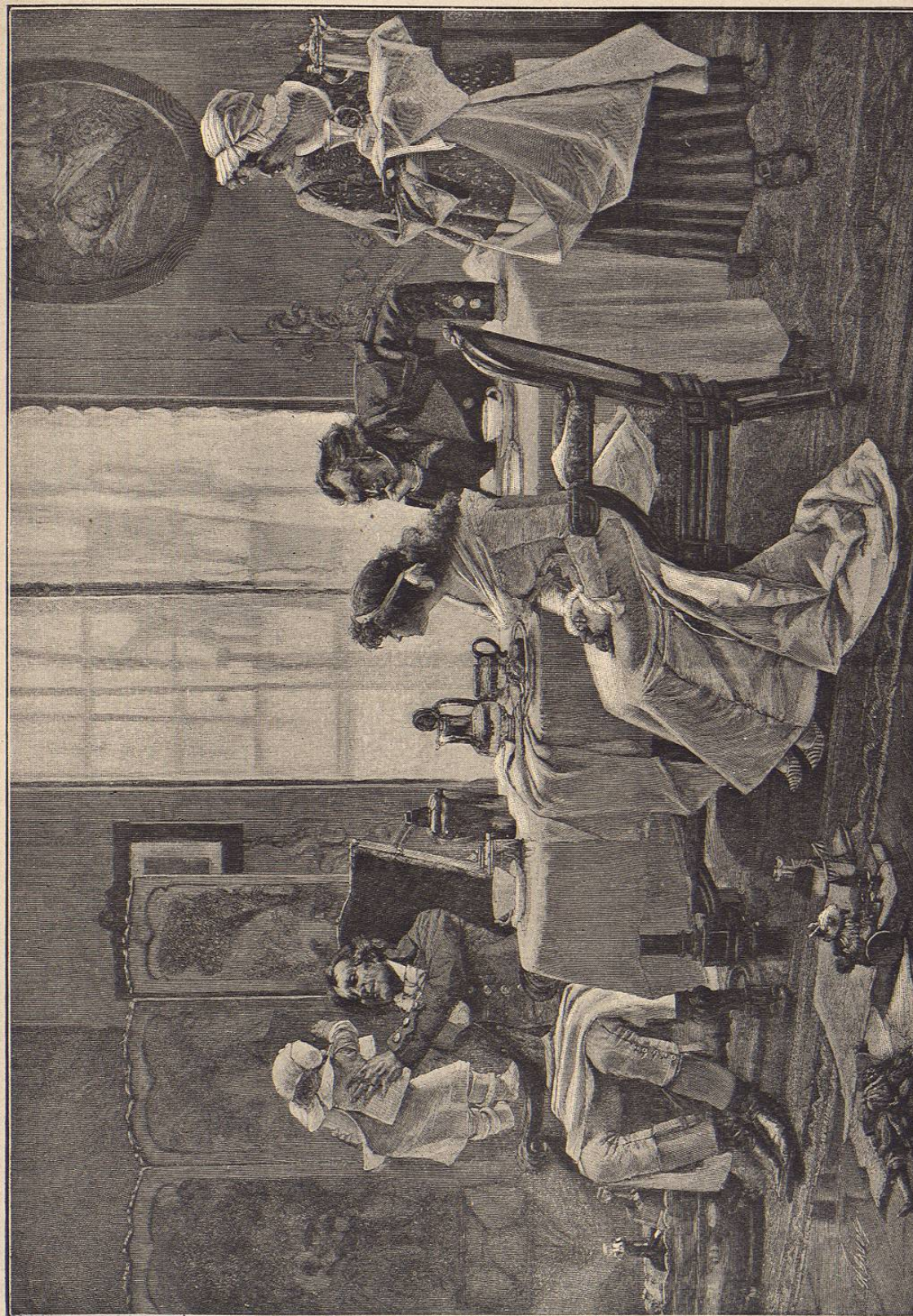
(N. del A.)

gada en el ánimo del primer cónsul, que intentó con Pichegrú lo mismo que había intentado en vano con Moreau. Al pensar en la terrible situación de este general ilustre, asociado con unos miserables chuanes, expuesto á perder ante un tribunal, no sólo la vida, sino también las últimas reliquias de su honor, sintió por él una compasión profunda: «¡Qué fin, dijo á Mr. Real, qué fin para el vencedor de la Holanda! Pero no es justo que entre sí se devoren los hijos de la revolución. Hace ya mucho tiempo que estoy pensando en que el país de Cayena es el mejor de la tierra para formar una colonia. Pichegrú, que ha vivido en él proscrito, le conoce á fondo, y es el más capaz de nuestros generales para fundar en él un gran establecimiento. Vaya usted á verle á su prisión, dígame usted que le perdono; que no es á él, ni á Moreau, ni á los que están en su caso á los que quiero yo abrumar con el rigor de la ley; pregúntele usted qué fuerza de hombres, qué sumas se necesitan para fundar una colonia en Cayena; yo se los facilitaré para que pase allá á rehacer su gloria prestando servicios á la Francia.»

Mr. Real repitió á Pichegrú en su prisión estas nobles palabras. Al oírle éste se negó de pronto á creerle, é imaginó que se le quería seducir para obligarle á vender á sus compañeros de infortunio; pero convencido en breve por la insistencia de Mr. Real que no exigía de él declaración alguna, puesto que todo estaba ya descubierto, se sintió conmovido, se abrió su corazón impasible, derramó lágrimas, y habló largamente de Cayena. Declaró que muchas veces en su destierro, por una singular previsión, había pensado sobre lo que allí podría hacerse, y aún preparado algunos proyectos. En breve veremos por qué fatal coincidencia las generosas intenciones del primer cónsul no produjeron más efecto que una deplorable catástrofe.

Esperaba éste continuamente con la mayor impaciencia noticias del coronel Savary, apostado con cincuenta hombres en la costa de Biville. Hacía veintitantos días que el coronel estaba en observación, sin que se verificase ningún desembarco. El bergantín del capitán Wright cruzaba todas las noches por delante de él á lo largo de la costa, pero no tocaba nunca á tierra, ya fuese, como hemos manifestado, porque los pasajeros que el capitán inglés conducía esperasen una señal que nadie les hacía, ya porque hubiesen recibido noticias de París avisándoles que no desembarcasen. Por último el coronel Savary creyó deber manifestar que su comisión se prolongaba inútilmente y sin objeto.

Despechado el primer cónsul de no poderse apoderar de ninguno de aquellos príncipes que deseaban su muerte, dirigía su formidable mirada hacia todos los puntos donde residían. Una mañana, estando en su gabinete con Talleyrand y Fouché, hacía que éstos le enumerasen todos los individuos de esa familia desgraciada, tan digna de compasión por sus errores como por sus desgracias. Decíanle que Luis XVIII habitaba en Varsovia con el duque de Angulema; que el conde de Artois y el duque de Berry se hallaban en Inglaterra; que los príncipes de Condé estaban también en Londres, á excepción solamente del tercero, el más joven y emprendedor que era el duque de Enghien, el cual residía en Ettenheim, muy cerca de Strasburgo. Precisamente por aquella parte fomentaban á su sabor la disensión con sus



EL GENERAL BRUNE EN CASA DE CAMILO DESMOULINS (cuadro de F. Flameng)



intrigas los agentes ingleses Táyler, Smith y Drake. Ocurriósele inmediatamente al primer cónsul la idea de que tal vez el joven príncipe de Condé podría servirse del puente de Strasburgo, como se había querido servir el conde de Artois de la costa de Biville, y resolvió enviar á aquel punto un alférez de gendarmería sagaz y entendido á tomar informes. Se echó mano de uno que había servido en otro tiempo, siendo joven, con los príncipes de Condé, y se le mandó disfrazarse, pasar á Ettenheim, y proporcionarse noticias sobre el príncipe, su género de vida y sus relaciones.

Partió el alférez con esta comisión y se trasladó á Ettenheim. Vivía el príncipe hacía algún tiempo, cerca de una princesa de Rohán de quien estaba enamorado, repartiendo su tiempo entre este afecto y su afición á la caza, á la cual solía entregarse en la Selva Negra. Había recibido orden del gabinete británico de pasar á la orilla del Rhin para cooperar sin duda al movimiento de que Drake, Smith y Táyler daban falsas esperanzas á su gobierno. Creía este príncipe que tendría que tomar en breve las armas contra su país, oficio deplorable que había ya ejercido durante algunos años. Pero no hay prueba alguna de que tuviese noticia de la trama urdida por Jorge; antes por el contrario, todo induce á creer que completamente la ignoraba. Solía ausentarse para ir á caza, y también, según opinión de algunas personas, para ir al teatro de Strasburgo, y es indudable que este rumor llegó á propagarse lo bastante, puesto que su padre le escribió desde Londres aconsejándole con términos asaz severos que fuese más prudente (1). Vivían con este príncipe unos cuantos emigrados adictos á su persona, entre los cuales se distinguía un cierto marqués de Thumery.

El alférez enviado á recoger noticias llegó disfrazado, y adquirió en la misma casa del príncipe una multitud de pormenores, que en ánimos ya prevenidos se prestaban mucho á funestas inducciones. Dijéronle que el joven duque se ausentaba con frecuencia, y muchas veces por varios días, y aun para ir á Strasburgo. Acompañábale un personaje, á quien se daba mucha más importancia de la que tenía, cuyo nombre, mal pronunciado por los alemanes, autores de estas noticias, hacía sospechar se tratase del general Dumouriez. Era este personaje el marqués de Thumery, arriba nombrado, que el alférez, engañado por la pronunciación alemana, creyó de buena fe ser el célebre general Dumouriez. Consigné estos por-

(1) *El príncipe de Condé al duque de Enghien.*

Wanstead, 16 de junio de 1903.

Amado hijo:

Se asegura aquí hace más de seis meses que has hecho un viaje á París; otros dicen que no has pasado de Strasburgo. Reconocerás que de todos modos has arriesgado inútilmente tu vida y tu libertad; no tengo temor alguno por lo tocante á tus principios, porque sé que están tan profundamente grabados en tu corazón como en el nuestro. Paréceme que podrías ya confiarme lo pasado, y si aquel rumor es cierto, referirme lo que en tus viajes hayas observado.

A propósito de tu salud, que por tantos títulos nos interesa, te escribí, es cierto, que la posición en que estás podía ser de grande utilidad por muchas razones; pero como te hallas tan cercano, vive precavido, y no omitas medio alguno para estar advertido á tiempo y hacer tu retirada con toda seguridad, caso de ocurrírsele al cónsul apoderarse de tí. No creas que el valor está precisamente en arrostrarlo todo sobre este punto...

Firmado: LUIS JOSÉ DE BORBÓN (N. del A)

menores en su informe, escrito como aparece bajo el influjo de las más tristes ilusiones, y le envió inmediatamente á París.

Este fatal informe llegó en 10 de marzo por la mañana. Pocas horas antes, esto es, en la noche de la víspera, y aun aquel mismo día de madrugada, acababa de hacerse y renovarse repetidas veces una declaración no menos fatal. El autor de esta declaración era el procesado Leridant, el criado de Jorge, aprehendido al mismo tiempo que éste. En un principio se negó á responder al interrogatorio del juez; mas por último habló con una sinceridad que parecía no dejar nada que desear, y concluyó declarando que, en efecto, existía una trama á cuya cabeza se hallaba un príncipe, que este príncipe iba á llegar, si no había ya llegado, y que él por su parte así lo creía, porque había visto algunas veces en casa de Jorge á un joven bien educado y de buen porte, á quien todos en general mostraban deferencia y respeto. Esta declaración, confirmada repetidas veces, y siempre con nuevos pormenores, fué presentada al primer cónsul, y como acababa de recibir éste en aquel mismo instante el informe del alférez de gendarmes, ocurrió de súbito en su mente la más funesta coincidencia de ideas. Las ausencias del duque de Enghien confrontaban con la supuesta presencia de un príncipe en París. El joven á quien los conjurados manifestaban deferencia y respeto, no podía ser ningún príncipe procedente de Londres, por el esmero con que estaba custodiada la costa de Biville; no podía, pues, ser otro más que el duque de Enghien, que se trasladara en cuarenta y ocho horas de Ettenheim á París, y volviera en el mismo tiempo de París á Ettenheim, después de pasar algunos momentos entre sus cómplices. Pero lo que á los ojos del primer cónsul acababa de completar aquella malhadada demostración era la supuesta presencia de Dumouriez. Con este dato, todo el plan se arreglaba de la manera más evidente: el conde de Artois llegaría por la Normandía con Pichegrú, y el duque de Enghien por la Alsacia con Dumouriez, de modo que los Borbones se harían acompañar para volver á Francia por dos célebres generales de la república. El primer cónsul, cuyo criterio era por lo común tan privilegiado, se dejó seducir por aquellas engañosas apariencias, y se dió por convencido. Preciso es haber visto almas cebadas en una investigación de esta especie, especialmente si una pasión cualquiera las dispone á creer lo que sospechan, para comprender hasta qué punto son rápidas las inducciones de la mente, y para bendecir cien veces esta lentitud de las formas judiciales que salva á los hombres de las fatales conclusiones que tan velozmente nacen de algunas coincidencias fortuitas.

Al leer el primer cónsul el informe del alférez enviado á Ettenheim, que le acababa de entregar el general Moncey, comandante de la gendarmería, se apoderó de él una agitación extremada; recibió ásperamente á monsieur Real, que llegó en aquel instante, le reconvinó por haberle tenido tanto tiempo ignorante de unos pormenores de tanta importancia, y creyó, con la mayor buena fe, que había descubierto la segunda y más terrible parte de la trama. Ya ahora no era para él la mar una barrera; el Rhin, el duque de Baden y todo el cuerpo germánico, no eran para el obstáculos. Convocó inmediatamente un consejo extraordinario, compuesto de los